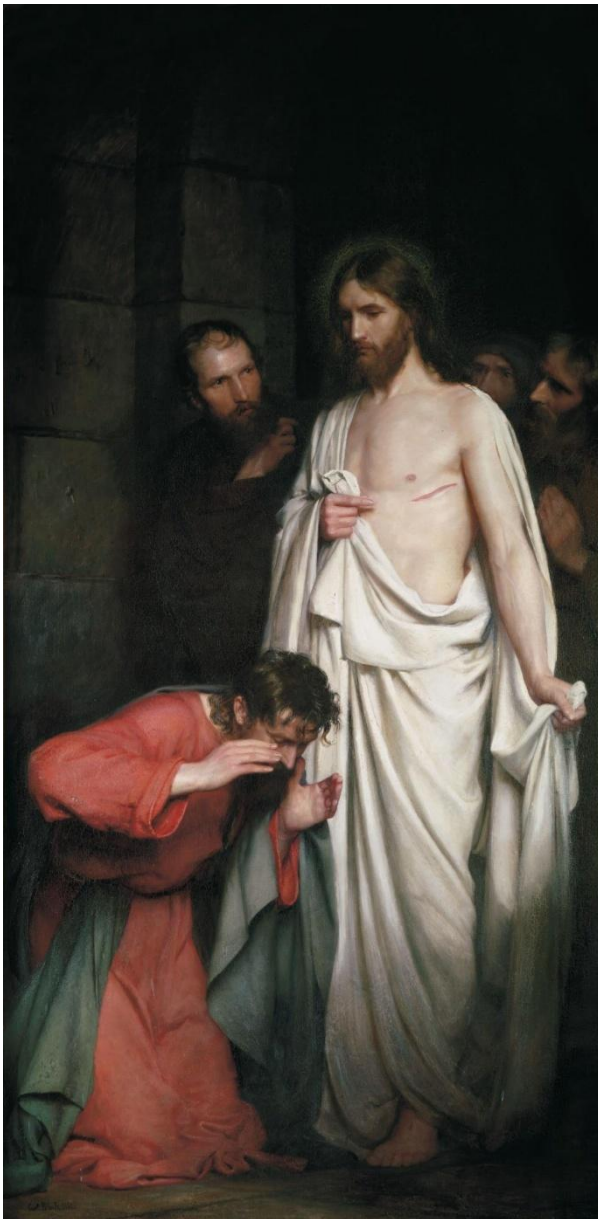


Pascua II: de la duda a la certeza

El primer domingo de Pascua, hemos escuchado el anuncio del acontecimiento de la resurrección: “verdaderamente ha resucitado el Señor” (Lucas 24,34). No se trata de un mero símbolo o una leyenda inventada: Jesús estuvo realmente muerto y ahora vive, no con la vida anterior, terrenal, sino con la vida nueva, la vida de Dios. Este segundo domingo retoma este anuncio del primero (la aparición de Jesús a sus discípulos la tarde de Pascua), pero nos presenta luego las “dudas de Tomás”. Tomás no estuvo con los demás apóstoles el domingo de la resurrección y se niega a creer en el anuncio de sus compañeros: “si lo no veo, si no toco, no creeré”, reflejando la dificultad de los creyentes para recibir el anuncio pascual, la duda de fe.



Carl Bloch, *Tomás que duda*, 1881

Hoy existe una tendencia a valorar la duda por sí misma, como signo de autenticidad, de honestidad intelectual, de humildad y, en última instancia, de humanidad. La duda es vista como aquello que nos salva de la soberbia, de la falsa seguridad, del dogmatismo, de la pretensión de poseer la verdad y de tener derecho a imponerla a los demás. Incluso se piensa que la persona de fe debería dudar de las cosas que cree, debería renunciar a tener certezas absolutas. En una película reciente, el Cónclave (2024) el cardenal que finalmente es elegido papa dirige un discurso a los demás cardenales diciendo que la Iglesia necesita un papa que sepa dudar.

De hecho, hay muchos cristianos que se permiten dudar de la fe en la resurrección de J y en nuestra propia resurrección. Un signo de esto es el silencio creciente sobre la resurrección de Jesucristo en la evangelización y en el testimonio de los creyentes, o la tendencia a sustituir ese acontecimiento por una idea genérica como la de que la vida triunfa sobre la muerte o el amor sobre el odio, todo lo cual revela un cierto pudor, una incomodidad e incluso falta de seguridad. Así se da la impresión de que uno podría vivir una auténtica vida cristiana poniendo entre paréntesis la realidad de la Pascua.

Pero esta reserva frente al anuncio pascual tiene consecuencias, porque es inevitable confrontarse con el tema de la muerte (propia, seres queridos, prójimo) y con los muchos modos en que la muerte se nos hace presente a lo largo de la

vida (sufrimiento, fracaso, enfermedad), y sentimos la necesidad de darle una respuesta, de la cual depende el sentido de nuestra vida. Abstenernos de responder ya sería una respuesta.

Si no tenemos fe en la resurrección de Jesús, una fe firme y más allá de toda duda, la pregunta más importante para nosotros y para todo ser humano queda sin respuesta y, como dice San Pablo, nuestra fe se vuelve “vana” (1 Corintios 15,14), es decir, se convierte en palabras vacías, lo que nosotros familiarmente llamaríamos “cháchara”.

Pero ¿es posible evitar las dudas de fe? Es cierto que la fe implica siempre un combate contra la duda. Sin embargo, el problema de Tomás no es que sintió dudas, sino que se encerró en su duda. Es como quien se encierra en una habitación y traba la puerta por dentro con llave, de modo que nadie pueda entrar. Cuando alguien se encierra en su duda, nadie lo puede ayudar desde fuera: necesita él mismo abrir desde dentro cambiando de actitud.

Esto es lo que pasa con Tomás. Él pedía pruebas, pero nadie hubiera podido convencerlo con pruebas. La misma aparición de Jesús no hubiera servido como prueba: Tomás hubiera podido seguir dudando, considerando esa aparición como una alucinación o a Jesús como un fantasma (como efectivamente sucedió a los discípulos en otras apariciones de Jesús). A Tomás no lo cambió el hecho de ver y tocar (y de hecho el evangelio da a entender q no lo tocó a Jesús). Tomás abrió la puerta de su corazón desde dentro: renunció a duda, a la exigencia de pruebas, se abrió a la fe. ¿Qué fue lo que le hizo desistir de su duda? Contemplar las llagas en las manos y los pies de Jesús, porque descubrió en ellas el signo de su entrega de amor: comprendió que negarse a creer en la resurrección de Jesús hubiera sido negarse a creer en el amor misericordioso y fiel de Dios, hubiera sido pensar que Dios había abandonado a Jesús en la muerte y que del mismo modo nos abandonará a nosotros.

Cuando sentimos dudas sobre la resurrección deberíamos hacer lo mismo: contemplar las llagas de Jesús y preguntarme: ¿creo o no en el amor de Jesús? ¿Creo o no en el amor de Dios?

Las dudas de fe son inevitables, pero no debemos encerrarnos en la duda. Porque no podemos edificar nuestra vida sobre la arena movediza de la duda, necesitamos el suelo firme de la certeza. La fe nos da la certeza de que Dios nos ama y es fiel, que no se aparta nunca de nosotros, ni siquiera en la hora de la muerte, y que nos ha dado la esperanza firme de la vida eterna. Y es por eso que podemos unir nuestra voz a la de los apóstoles para proclamar que “verdaderamente ha resucitado el Señor”.

P. Gustavo Irrazábal